

la
**VIDA
BUENA**

CHARLES
COLSON

HAROLD FICKETT



TYNDALE HOUSE PUBLISHERS, INC. CAROL STREAM, ILLINOIS

Visite la emocionante página de Tyndale en la red informática: www.tyndale.com

TYNDALE y la pluma del logotipo son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Título original: *The Good Life* (Tyndale, 2005)

La Vida Buena

© 2006 por Charles Colson. Todos los derechos reservados.

Fotografía de Charles Colson por Russ Busby. Todos los derechos reservados.

Fotografía de Harold Fickett cortesía de *The Wichita Eagle*.

Diseño: Jessie McGrath

Edición del inglés: Lynn Vanderzalm

Traducción al español: Adriana Powell y Omar Cabral

Edición del español: José Luis Riverón

Versículos bíblicos sin otra indicación han sido tomados de *La Nueva Versión Internacional* de la Biblia, © 1999 por la Sociedad Bíblica Internacional. Todos los derechos reservados.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Colson, Charles W.

[Good life. Spanish]

La vida buena / Charles Colson, Harold Fickett.

p. cm.

Includes bibliographical references and index.

ISBN-13: 978-1-4143-1013-8 (sc : alk. paper)

ISBN-10: 1-4143-1013-7 (sc : alk. paper)

1. Christian life. 2. Success—Religious aspects—Christianity. I. Fickett, Harold. II. Title.

BV4501.3.C64818 2006

248.4—dc22

2006011160

Impreso en los Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

11 10 09 08 07 06

6 5 4 3 2 1

CONTENIDO

Introducción: La Vida Buena xi

LA BÚSQUEDA DE LA VIDA BUENA

La Pregunta Inevitable	3
Una Vida Destruida	13
Las Grandes Paradojas	27
Una Fiesta Agradable, con Mucha Gente Simpática.	39
Comprando el Santo Grial.	49
Riéndose de la Muerte	61
Más Importante Que la Vida Misma	77
Una Vida Trascendente	87
Un Silencioso Adiós	97
Es Mi Felicidad, Sea Bueno o Malo	107
¿De Quién Es la Vida?	119
Un Hombre Millonario	129

ENTREGARSE A LOS DEMÁS

Dejando Legados	139
Nadie Tiene Mayor Amor Que Éste	155
Mi Vida por la Tuya, pero ¿Con Qué Fin?	167

LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD

Viaje Hacia la Ilusión	173
Vivir Según la Verdad	187
¿Podemos Conocer la Verdad?	201

¿Cuánto Vale la Vida?	211
La Identidad de Dios	229
La Moralidad y el Orden Natural	245
El Don de Reconocer Lo Correcto de Lo Incorrecto.	265
La Belleza Es la Marca del Amor de Dios	275
Grabado en el Corazón	291
Posmodernistas en Recuperación	297
Esperanza, Libertad y Felicidad	315
Las Malas Noticias	331

VIVIR LA VIDA BUENA

La Providencia	347
Una Buena Muerte	365
Verdad Infinita y Amor	379
<i>Epílogo: Regresar al Comienzo</i>	<i>393</i>
<i>Agradecimientos</i>	<i>401</i>
<i>Notas</i>	<i>405</i>
<i>Lecturas Recomendadas</i>	<i>425</i>
<i>Acerca de los Autores</i>	<i>429</i>

LA VIDA BUENA

ESTE ES un libro acerca de la vida buena, no la que presentan en los comerciales de *Budweiser* o en el programa *Estilo de Vida de los Ricos y Famosos* o en *MTV*, sino la vida buena que usted y yo anhelamos vivir cuando reflexionamos sobre lo que realmente importa.

¿Qué hace que la vida merezca ser vivida? ¿Por qué estoy aquí? ¿Cuál es el propósito para el que vivo? ¿Cómo puedo darle significado a mi vida? Éstas son preguntas que todos nos hacemos; tanto en los momentos de crisis, como durante los sucesos cotidianos.

Para la mayoría de nosotros, la vida es desordenada y confusa, llena de paradojas. Despertamos en la noche preocupándonos por nuestros trabajos, por nuestros hijos o los mejores proyectos, que de repente se deshacen por causa de las presiones de vivir en un mundo altamente tecnificado y acelerado. Un día parece que tenemos todo bajo control, y al día siguiente somos aplastados por las circunstancias. Si no lo ha experimentado, por favor, escríbame, porque sería la primera persona que conozca que tenga una vida controlada.

Mientras estaba editando el borrador final de este manuscrito, tuve una experiencia reveladora que ilustra cómo este libro puede ayudarnos a comprender la vida y soportar sus frustraciones. Mi hija Emily y su hijo Max estaban en casa con Patty y conmigo para Navidad. Emily es padre y madre de un chico autista de catorce años. Los chicos autistas pueden ser cariñosos y maravillosos, pero demandan una atención especial por los problemas que tienen para comunicarse y para

procesar la información que reciben. Especialmente necesitan orden y seguridad en su vida. Cuando Max llega a casa, inmediatamente revisa el armario de sus juguetes, escudriña los cuadros de la pared y prueba los artefactos. Si algo cambió desde su última visita, se muestra visiblemente molesto. Cualquier ruido fuera de lo común o cambio en la programación del día puede provocar la clase de berrinches comunes en los niños autistas. Es importante evitar estos “cortocircuitos”, como los llama Emily. A los catorce años de Max, estos “cortocircuitos” pueden convertirse en ciclones.

He observado a Emily ayudar a Max en esos forcejeos. Una tarde tuvimos una visita inesperada y Max comenzó a fruncir el ceño y a agitarse. Dado que los chicos autistas pueden procesar mejor la información cuando la ven que cuando la escuchan, a menudo Emily hace uso de sus dones artísticos para ayudar a Max a ver sucesos mediante imágenes. Como ella había sentido el malestar de Max esa tarde, inmediatamente se sentó con él y comenzó a dibujar con trazos simples cada hecho en un recuadro, como si fuera una historieta, uno tras otro. Le estaba brindando a Max una explicación de los cambios que él había presenciado. Este hombre, el visitante, trabajaba con el abuelo. También era el amigo con quien a veces iba a pescar. ¿Ves el bote? ¿Ves el sol? Ahora sólo ha traído un regalo de Navidad. ¿Ves esta caja envuelta en papel de regalo y este gran moño?

Max se calmó. Las palabras y dibujos de Emily lo ayudaron a encontrar sentido de lo que estaba viendo y experimentando, de la misma manera en que un manual de instrucciones puede orientarnos sobre cómo armar una bicicleta o a insertar una tarjeta para gráficos en una computadora. Mientras más comprende Max, menos tiende a estar confundido y angustiado.

Mientras observaba a Emily, pensé: Desde luego. Ésto es lo que todos necesitamos: Un manual explicativo de cómo funcionan las cosas cuando nuestras propias habilidades cognoscitivas nos dejan perplejos y nuestras capacidades han llegado a su límite. Todos nosotros en algunas ocasiones somos como Max. No logramos entender qué le está pasando a nuestro mundo, por qué nos sentimos tensos y frustrados. Entonces hacemos nuestro propio berrinche. Murmuramos acerca de alguien o hacemos notar nuestra superioridad, nos embriagamos, o tenemos una aventura, salimos a gastar a lo loco con nuestras tarjetas de crédito, o

irritamos a nuestro jefe hasta que se ve obligado a despedirnos. Nos enfrentamos a un mundo que no podemos entender ni manejar. Las muchas formas en que la gente actúa prueban qué enorme desafío es la vida.

Nuestra dificultad para entender cómo funciona el mundo y cómo encajamos nosotros en él ha sido agravada, yo creo, por las falsas expectativas que genera nuestra cultura. Somos como la gente que trata de subir en una escalera mecánica que baja. Nos quejamos, rezongamos y no llegamos a ninguna parte. El problema es que la cultura está empujando en una dirección, y no nos hemos dado cuenta de que es en la dirección equivocada. Cuando hacemos las preguntas básicas sobre nuestro propósito y sentido, recibimos respuestas mentirosas. Nuestros intentos por vivir según esas respuestas inevitablemente nos fastidian y nos dan miedo. Lo que necesitamos es buscar la verdadera imagen de cómo funciona realmente el mundo y lo que nosotros necesitamos para vivir bien. Espero que este libro lo ayude a lograrlo, tal como los dibujos de Emily, que cuadro por cuadro ayudan a Max a entender su mundo.

En las siguientes páginas investigaremos preguntas profundas, examinando la experiencia de la vida. No es un ejercicio abstracto. La manera en que respondamos a estas preguntas determinará cómo viviremos y cómo moriremos, y si nuestras vidas servirán para algo.



Hace casi treinta años, cuando recién estaba saliendo de la prisión, escribí un libro llamado *Nací de Nuevo*, que para mi sorpresa vendió millones de ejemplares y se publicó en cuarenta países. He vivido mucho más desde entonces. He ministrado a prisioneros de todo el mundo, he conocido a muchísima gente fascinante, he sido galardonado con premios y honores, y he aprendido de mi nieto autista y de muchos otros, de qué se trata la vida. En un sentido, *La Vida Buena* se parece a lo que escribí en *Nací de Nuevo*, pero con el beneficio de verlo a través de un espejo retrovisor. ¿Qué he aprendido a lo largo de una vida tumultuosa?

En un sentido ésta es una memoria temática: el resto de la historia después de *Nací de Nuevo*. Incluye reflexiones sobre mi propia vida; algunas alegres, otras dolorosas. Es un recuento de algunos momentos cruciales de mi vida y de las lecciones que aprendí de ellos. Espero que

también refleje mi búsqueda personal de lo que todos queremos: Vivir una vida que valga la pena, una vida con sentido.

Por favor, no piense que este libro es la gran reseña de un estadista retirado que quiere impresionarlo con su sabiduría acumulada. No. Este es un libro para quienes están en la búsqueda. Buscadores de cualquier tipo, tengan o no alguna fe religiosa. Tal vez esto lo sorprenda. Todos los que me conocen saben que soy cristiano. Tengo convicciones profundamente arraigadas y es difícil que pueda ser un observador neutral. Pero estoy en la búsqueda también. Ésta me ha conducido al cristianismo y desde entonces me ha llevado a descubrir más plenamente la verdad que estamos destinados a conocer y a vivir.

La búsqueda que conduciré aquí será realizada, tanto como me sea posible, sin depender de alguna suposición previa o de convicciones sectarias. Tal vez esto moleste a mis amigos cristianos, pero creo que tiene sentido simplemente seguir adonde nos lleve la razón y la imaginación humana, hasta el punto en que no podamos avanzar más. Al final, veremos si la razón y la imaginación requieren que su alcance sea ampliado por medio de la fe. Quizá lo que podemos llamar sencillamente verdad humana no se conecte con la fe, pero tal vez sí lo haga.



Blas Pascal, el gran filósofo y matemático francés, dijo una vez que sólo hay dos clases de personas en el mundo: Buscadores y no buscadores. O bien somos peregrinos en busca de respuestas para encontrarle sentido a nuestro mundo, o somos vagabundos que nos hemos desviado del camino hacia sendas de distracción o de desesperación, alienándonos a nosotros mismos de lo *maravilloso*. Si está leyendo este libro, probablemente sea un buscador. Eso es bueno. Estar vivo es buscar.

Si piensa que ya tiene buenas respuestas a las grandes preguntas, continúe leyendo de todas maneras. Este libro lo ayudará a comprender sus convicciones de una manera completamente nueva y a vivirlas más plenamente.

Las personas por las que siento la mayor compasión son las de la segunda categoría de Pascal: Las que no buscan. Darle la espalda a las grandes preguntas y dilemas de la vida es una tragedia, pues la búsqueda de sentido y verdad hace que la vida merezca ser vivida.

Muchas personas, particularmente los jóvenes, han sido persuadidas de que esa búsqueda es inútil. Se les ha dicho desde el jardín de infantes que la opinión de una persona es tan buena como la de cualquier otra, que cada persona debe escoger su propia verdad de una bandeja multicultural. Si la que ha elegido es desagradable, tome otra, y siga así; hasta que, a la manera de un consumidor, optamos por la verdad que más nos agrada. Creo que la desesperación de las Generaciones X, Y, y ahora la E, provienen de esa noción fundamental de que no existe tal cosa como la realidad o la verdad con *V*mayúscula.

Casi todas las películas nuevas que he visto últimamente muestran a un joven brillante, bien parecido y talentoso, que está tan triste que apenas puede levantar la cabeza. Me dan ganas de gritar: “¿Qué le pasa a este muchacho?” Entonces siento una profunda compasión porque su generación ha sido privada de la única cosa que hace que la vida sea un desafío impresionante: La verdad.

Muchos adultos se han desalentado en su entusiasmo juvenil en la búsqueda por una razón bastante diferente. Han chocado con la realidad demasiado a menudo, descubriendo que las promesas de los años ‘60 eran huecas. Tienen dudas acerca de las comodidades que han logrado en la vida, aunque se cuidan de admitir sus contradicciones frente a sus hijos ya crecidos.

Algunos, en la medida en que van envejeciendo, dejan tales preguntas de lado, aun menospreciando cualquier tipo de verdad como una fantasía poco práctica de la juventud. Para mí, las grandes preguntas son tan importantes y agudas ahora más que nunca. La edad avanzada tiene la ventaja de ver cómo han funcionado las respuestas sobre las que uno basó su vida. A medida que envejezco, me encuentro evaluando críticamente mi propia vida. ¿He vivido a la altura de mis expectativas? ¿Lo hice bien? ¿He usado mis dones al máximo de su potencialidad? Cuando ya no quede mucho tiempo por delante, usted también hará algunas evaluaciones. Se lo aseguro.

Pero una palabra de advertencia: La búsqueda de la verdad y el significado es un proceso de toda la vida. Si piensa que ya tiene todas las respuestas, puede llegar a ser insoportable y peligroso. Por eso es que todavía me considero un buscador. Tengo, como ya he dicho, convicciones apasionadas, pero estoy aún en un peregrinaje. Aprendo cosas nuevas cada día, como lo expresan los grandes versos de T. S. Eliot:

Los ancianos deben ser exploradores
aquí y allá, no importa dónde
aún debemos movernos
hacia otra intensidad
por una mayor unión, una más profunda comunión¹

Por lo tanto, permítame invitarlo a ser parte de una conversación sobre lo que le da sentido a la vida. Juntos iremos a buscar “otra intensidad” y “una más profunda comunión” con la vida, una manera de vivir que haga a la vida realmente buena.

En la primera mitad del libro, veremos ejemplos de personas en busca de la vida buena. ¿Qué los lleva a las decisiones de vida que toman? ¿Dan resultado esas decisiones? En la segunda mitad del libro, miraremos más de cerca la búsqueda de la verdad. ¿Es la verdad algo que pueda conocerse? ¿Cómo influye en nuestra vida cotidiana? Mientras lo hacemos, tenga presente la pequeña parábola de Emily y Max. Lo que ella hace por Max, dibujando cuadros que lo ayudan a encontrar sentido a su mundo, es lo que yo deseo hacer por usted: Trazar dibujos literarios que le hagan ver la verdad de cómo funciona el mundo y cómo enajamamos nosotros en él.

Al final, sin embargo, aun después de las mejores explicaciones, nos enfrentamos con un desafío adicional: ¿Somos capaces de vivir la vida buena? ¿Dónde podemos encontrar las fuerzas y la valentía que necesitamos? En los capítulos finales daré la única respuesta que conozco a esas preguntas, la única respuesta que tiene la prueba empírica para respaldarlas.

El método para examinar estas ideas cruciales será por medio de historias: algunas de mi propia vida, algunas de la vida de personas que todos conocemos; otras, de las películas; algunas otras de personas que han hecho historia. Consideradas en conjunto, espero que este mosaico de historias (algunas coloridas, algunas sombrías) lo ayudará a ver su propia historia y las creencias que conducen su búsqueda de significado, propósito y verdad.

La razón por la que este libro pone tanta atención en las historias de la vida no es simplemente porque proveen entretenimiento al leerlas, sino porque las experiencias humanas nos ayudan a comprometernos con la vida y a lidiar con ella de la mejor manera. No estoy contando

historias sólo como ilustraciones de ideas; ellas también son arte y parte de la lucha. Pensar y vivir van juntos. Pensamos para saber cómo vivir, y al vivir, aprendemos qué es lo verdadero. La vida buena demanda unión entre estas dos ideas, la integridad de vida y pensamiento, la “profunda comunión” de la que habla el poeta.

Escribir este libro con mi talentoso colega de mucho tiempo, Harold Fickett, se volvió una verdadera aventura, en la que he captado ideas y llegado a conclusiones a las que nunca hubiera imaginado llegar de otra forma. Lo que he encontrado es emocionante. Compruébelo usted mismo. Es el camino para vivir la verdadera vida buena.

*Pensar y vivir van
juntos. Pensamos para
saber cómo vivir, y al
vivir, aprendemos qué
es lo verdadero.*



LA BÚSQUEDA
de la
VIDA BUENA

LA PREGUNTA INEVITABLE

UN ANCIANO camina a lo largo de un ancho sendero, a través de una alameda de flores. Tiene la cabeza cubierta de cabello gris, peinado en forma ondeada hacia un costado. Sus cejas abundantes apuntan hacia sus sienes. Usa una chaqueta azul claro sobre una camisa con una franja horizontal y los zapatos de suela crepe que le recomendó su médico. Su paso es rápido pero rígido, como si recién se hubiera levantado. Marcha concentrado y atento, como si estuviera buscando algo o a alguien.

Detrás de él lo sigue su familia. Su esposa es la que va más cerca, su hijo y su nuera un paso o dos más atrás, cargando en brazos a sus niños.

Los ojos del hombre muestran que por el momento no está pensando en su familia, aunque parece que al andar los arrastrara. Sus ojos están muy abiertos y a la vez fijos, invadidos por algo que sólo puede ser pánico. Su boca se mueve de tal manera que muestra que tiene el estómago en la garganta. Hacia la izquierda, la familia puede ver la curva de una larga playa, escuchar el murmullo de las olas y casi respirar el aroma del mar. Pero el hombre no mira ni a derecha ni a izquierda. Sigue tropezando en su avance, su cuerpo tenso pero decidido.

Cuando finalmente gira a su derecha, entra en un vasto espacio de césped cruzado por miles de cruces blancas que se extienden hasta el horizonte. Aquí y allá una estrella judía se suma a la procesión de signos que contrastan fuertemente contra la hierba verde. El paso del anciano se acelera mientras camina a través del vasto cementerio. Su familia lucha por mantenerse a su lado.

La marcha decidida de James Ryan finalmente se detiene enfrente

de una cruz en particular. Los contornos de sus ojos están enrojecidos. Se los limpia con manos temblorosas, se suena fuertemente la nariz, trata nuevamente de respirar. Aquí está la cruz de su capitán, el nombre, la fecha: Capitán John W. Miller, 13 de junio de 1944.

Respira ruidosamente por la nariz, tiene los ojos humedecidos y se muerde el labio. Casi se ahoga luchando por respirar el aire denso. Sus rodillas se doblan y se arrodilla frente a la cruz, con un gran peso sobre sus hombros. En ese momento, su esposa se ubica a su izquierda y su hijo a la derecha. Él les está agradecido de que estén allí, pero no pueden ayudarlo con lo que necesita hacer ahora.

Murmura que está bien y ellos retroceden unos pasos, dejándolo con esos pensamientos que le pesan más de lo que puede soportar.

Recién entonces se da cuenta de que lo que ha estado esperando, y a la vez temiendo, es una transacción. Una especie de intercambio. Para él, esta visita al Cementerio Norteamericano de Normandía no es un paseo turístico, es un acto con sentido profundo. Aún ahora no podría decir por qué. No obstante, la emoción que lo ha embargado le confirma que lo es.

Lo que sea que deba pasar encierra la pregunta que lo ha perseguido durante toda su vida. La impronunciable pregunta que lo ha traído hasta aquí. Puede percibirla en cada recuerdo y no solamente en los buenos.

Ahora que está mirando la tumba de su capitán Ryan, tiene que hacer esa pregunta.



Décadas antes, el 6 de junio de 1944, el capitán Miller y sus hombres habían arribado a Omaha Beach, un horror del que James Ryan, como integrante de la unidad aérea 101, había sido eximido. Su unidad había sido lanzada a Normandía la noche anterior del ataque marítimo. Luego se enteró por los relatos de sus compañeros y por los noticieros del cine cómo había sido el Día D. Aunque los alemanes no esperaban el ataque en el lugar que Eisenhower había elegido, el asalto aéreo no los había hecho ceder ni un ápice en sus posiciones, y cuando la infantería desembarcó de las lanchas Higgins sobre la playa, los hombres fueron como patos en un estanque para la maquinaria bélica del enemigo. Muchos de

ellos, sentados en sus posiciones para desembarcar, nunca tuvieron la posibilidad de moverse de sus asientos mientras los alemanes abrían fuego. Los que saltaron a los costados de las embarcaciones para nadar y acercarse a la costa sólo pudieron aferrarse a las puertas belgas y a los erizos de hierro (aparatos defensivos con forma de ganchos diseminados en hileras a lo largo de la playa de piedras para impedir el avance de los tanques).

La tropa de asalto avanzó como sucesivas olas, mientras los hombres caían a derecha y a izquierda a cada paso. No sólo eran alcanzados por el fuego de las ametralladoras, sino también por la artillería. Los cuerpos volaban con las explosiones. Los heridos levantaban los brazos y caminaban unos metros más hacia la muerte. Las olas que llegaban a la playa estaban teñidas de sangre y pasaban sobre los muertos que yacían diseminados.

El capitán Miller y algunos de su compañía lograron llegar hasta el malecón. Aunque la mitad de los primeros hombres que llegaron a la playa fueron muertos en combate, los demás atravesaron la primera línea de la defensa alemana.

Poco después de aquel infernal Día D, se le asignó al capitán Miller y a un pelotón de siete hombres la misión de encontrar al paracaidista James Ryan y llevarlo a casa, sano y salvo. El jefe de personal del ejército, general George C. Marshall, en persona, emitió la orden de que el soldado James Ryan fuera retirado del escenario de guerra. Los dos hermanos mayores de Ryan habían muerto en el gran ataque, y un tercer hermano, en un combate en Nueva Guinea. Marshall pensó que tres hijos eran suficiente contribución a la guerra por parte de cualquier madre.

El capitán Miller y su brigada hallaron a Ryan con un remanente del 506, compañía Baker, quienes tenían órdenes de proteger un puente en el margen lejano de un río. Se le había ordenado a la compañía mantener el puente a cualquier costo, o como última alternativa, volarlo. Cuando el capitán Miller y su brigada llegaron para llevar al soldado a casa, Ryan se negó a abandonar a su compañía. Miller le preguntó a Ryan qué se suponía que le dirían a su madre cuando ella recibiera otro ataúd envuelto con la bandera norteamericana. Ryan respondió: “Puede decirle que cuando me encontró estaba con los únicos hermanos que me han quedado. Y que yo no estaba dispuesto a abandonarlos. Creo que ella lo entenderá”.¹

Miller y su pelotón le dijeron con enojo que ya habían perdido a

dos hombres en el intento de encontrarlo. Finalmente Miller decidió que harían suya la batalla de Ryan para intentar llevarlo a salvo a casa.

Pronto llegaron los alemanes, casi toda una compañía de hombres, dos tanques Panzer y dos Tigers. Los norteamericanos atraieron a los Panzers hacia la calle principal del pueblo, donde les habían preparado una emboscada eficaz. Lo único que Ryan tenía permitido hacer era arrojar proyectiles de mortero como si fueran granadas de mano. El capitán Miller nunca dejó que Ryan se apartara de su lado, protegiendo al soldado a cada paso.

Aún así, un tanque envió al francotirador a la eternidad. Otro soldado murió en un combate mano a mano, con el corazón atravesado por un cuchillo. A pesar de su ingenio, el pelotón no pudo resistir a una fuerza tan poderosa, y los hombres emprendieron una retirada estratégica hacia el otro lado del puente. En la retirada, uno de los sargentos fue herido y se desplomó.

El capitán Miller recibió un disparo debajo de las costillas mientras forcejeaba por sujetar los cables de un dispositivo de detonación. Luego, una explosión de artillería lo golpeó hasta dejarlo casi inconsciente. Perdió toda esperanza, el capitán Miller comenzó a disparar directo al tanque que avanzaba hacia a él.

De repente, desde el aire, los aviones aullaron sobre ellos e hicieron volar en pedazos a los tanques enemigos, desbaratando a la tropa. Minutos más tarde llegaron los refuerzos aliados.

Del pelotón que había venido a rescatar a Ryan, sólo dos hombres escaparon relativamente ilesos. Los otros habían muerto o agonizaban.

El capitán Miller yacía cerca del lugar donde había sido herido, desplomado contra el muro del puente. Ryan, angustiado, estuvo a solas con su protector en los últimos momentos antes de que éste muriera. Ryan observaba mientras el capitán luchaba en sus últimos instantes, con el pulmón atravesado por un disparo. El capitán apenas pudo tomar aire para gruñir: “James, haga que esto valga la pena”.



¿Fueron esas palabras del moribundo una orden final?

El soldado Ryan las tomó de esa manera.

Esos recuerdos golpean al envejecido James Ryan, quien se encuentra ahora mismo mirando la inscripción en la tumba de su comandante muerto. Le cuenta al capitán Miller que su familia está con él. Le confiesa que no estaba seguro de cómo se sentiría al venir al cementerio en este día. Quiere que el capitán Miller sepa que cada día de su vida ha pensado en la conversación que tuvieron en el puente, en las palabras de Miller antes de morir. Ryan ha intentado vivir una vida buena, y espera haberlo logrado. Al menos ante la mirada del capitán, Ryan confía en que haya valido la pena, que su vida haya sido digna del sacrificio del capitán Miller y de los demás hombres que dieron su vida por él.

Mientras Ryan murmura estos pensamientos, no puede dejar de preguntarse qué clase de vida, por buena que haya sido, podría valer el sacrificio de sus amigos. El anciano se pone de pie, pero no se siente liberado. La pregunta permanece sin respuesta.

Su esposa se le acerca de nuevo. Él la mira y le suplica.

—Dime que he llevado una vida buena.

Confundida por su pedido, ella responde con una pregunta.

—¿Qué?

Él tiene que saber la respuesta. Trata de formularla nuevamente.

—Dime que soy un buen hombre.

La pregunta la pone nerviosa, pero la seriedad con la que él habla, hace que le preste atención.

—Lo *eres* —le dice ella con gran dignidad.

La mujer vuelve hacia donde está el resto de la familia, cuyos movimientos indican que están listos para salir de allí.

Antes de unirse a ellos, James Ryan hace una venia y saluda a su camarada muerto. ¡Qué viejo y solemne soldado!



¿Quién de nosotros puede ver esta escena de la magnífica película de Steven Spielberg, *El Rescate del Soldado Ryan*, sin hacerse la misma pregunta: ¿He vivido una vida buena?

¿Existe una manera apropiada de calcular la respuesta a esta pregunta? ¿Cómo definimos una vida buena? ¿Cuándo es *suficiente* el bien que hacemos? ¿Es nuestra vida merecedora del sacrificio de otros? La

inevitable pregunta acerca de si hemos vivido una vida buena examina nuestro corazón.

No todos viven una vida tan dramática como la de Ryan. Aún así, esta pregunta sobre la vida buena, y otras similares, persigue a cada ser humano desde la más temprana edad. Algo inquieta nuestras entrañas y demanda respuestas a tantas preguntas. ¿Hay algún propósito en la vida? ¿Estamos solos en este universo o hay alguna fuerza (llamémosla destino, suerte o providencia) que guía nuestra existencia?

Por lo general, estas preguntas no se nos presentan con tanta claridad. Comúnmente, las más duras nos golpean en los momentos más difíciles. En medio de una tragedia o en una enfermedad grave, cuando nos enfrentamos a la violencia o a la injusticia, o luego de ver destrozados nuestros sueños personales nos lamentamos: “¿Por qué este mundo es un desastre? ¿Qué puedo hacer al respecto?”

Hay un misterio en estas eternas preguntas sobre la existencia humana. Dudo que cualquiera que haya visto *Rescatando al Soldado Ryan* o haya leído grandes piezas literarias como *Los Hermanos Karamazov* de Dostoievsky o *La Peste* de Camus haya dudado alguna vez de la importancia de tales preguntas. Tampoco quien se haya maravillado ante la belleza de la Vía Láctea o se haya sentado a llorar junto al cuerpo de un ser amado que ha muerto.

Lo que diferencia a los seres humanos de las demás criaturas es la conciencia: Nosotros sabemos que estamos vivos y que moriremos, y no podemos dejar de preguntarnos por qué la vida es de esta manera y qué significado tiene todo esto.

¿No es raro que todos comprendamos inmediatamente por qué para el soldado Ryan era imperioso vivir una vida honorable? ¿Creía que lográndolo sería digno del sacrificio de sus camaradas? Evidentemente así fue, y nosotros sentimos que era lo correcto. Pero ¿por qué se sentía él en deuda con ellos? ¿Por qué sentía que debía recompensar con sus actos aquella gesta de sus compañeros, como si realmente existiera una justicia ciega con una espada en una mano y una balanza en la otra? ¿Por qué la bondad debía ser el medio para pagar esa deuda? ¿Por qué no la venganza? ¿Por qué no asesinar a tantos nazis como le fuera posible? Porque de alguna manera eso no produce satisfacción. Si hay alguna forma de compensar un sacrificio, es sólo por medio del sacrificio, no de una masacre. Lo *sabemos*. Pero ¿por qué lo sabemos?

Una respuesta general reside en nuestra humanidad. Hacemos preguntas sobre significado y propósito porque somos humanos. Tenemos un sentido innato de la justicia y de nuestra propia necesidad de satisfacer las exigencias de la justicia. Las actitudes morales difieren de una cultura a otra. Sin embargo, tome a personas de una remota aldea de Papua, Nueva Guinea, que viven en la Edad de Piedra, y siéntelas a ver *Rescatando al Soldado Ryan*. Inmediatamente entenderán las cuestiones planteadas. Entenderán las preguntas de Ryan y su sentido de gratitud.

La palabra *debería* en las preguntas que surgen de la vida del soldado Ryan inmediatamente nos conducen a plantear cuestiones éticas. Implica que hay una variedad de respuestas a estas preguntas. Sugiere que algunas respuestas son mejores que otras, algunas son correctas mientras otras no lo son. Así que, ¿de dónde proviene este *debería*? ¿Qué significa que tengamos un sentido innato de estas cosas?

Como mínimo apunta a la noción de que vivimos en un universo moral, lo cual es una de las razones por la que los seres humanos, independientemente de su contexto, su condición económica o su lugar de nacimiento, son inexorablemente religiosos. Por lo menos, sabemos que hay alguien o algo a quien debemos nuestra existencia.

Nuestras preguntas también suponen que podemos elegir nuestras respuestas y actuar de acuerdo con las mismas. La libre voluntad humana, aunque condicionada, está asimilada a la manera en que funciona la mente humana.

Al comentar sobre los interrogantes de la vida, el juez del Tribunal Supremo de Justicia de los Estados Unidos, Anthony M. Kennedy, en el caso *Paternidad Planificada v Casey*, dijo: “La esencia de la libertad es el derecho de cada uno de definir el concepto propio de la existencia, del propósito, del universo y del misterio de la vida humana”.² Kennedy afirmó que las creencias sobre estos asuntos nos definen como seres humanos. Somos lo que somos, el tipo de criaturas que nos vemos obligados a llegar a conclusiones personales sobre estas grandes preguntas. Aunque estoy en profundo desacuerdo con el fallo legal al que llegó el juez Kennedy a través de su observación, debo admitir que su resumen capta lo que nos hace humanos.³

Recuerdo cuando comencé a hacerme preguntas muy temprano en mi vida. Particularmente tengo recuerdos de una mañana de diciembre del año 1941. Mi familia clavada junto a la radio, escuchando con

creciente ansiedad los informes de los ataques japoneses a Pearl Harbor. Yo tenía la certeza de que llegaríamos a luchar contra soldados japoneses u oficiales de las SS alemanas en las calles de nuestro apacible suburbio de Boston. Recuerdo haberle preguntado a mi padre: “¿Por qué tiene que haber una guerra, sangre derramada y muerte?” Él me contestó, erróneamente pienso ahora, que era todo parte de un proceso natural, como las hambrunas y las plagas que evitan la sobrepoblación.

Durante la guerra, organicé colectas de recaudación de fondos en mi escuela, incluso llegué a subastar mi preciado modelo de aeroplano de colección para reunir fondos para la guerra. Instintivamente sabía que se esperaba que yo hiciera mi parte para proteger nuestra libertad. Aunque tenía apenas doce años, quería que mi vida fuera útil.

También recuerdo estar de pie en nuestro patio muchas noches, con el mundo a mi alrededor inmerso en la oscuridad y las persianas que cubrían las ventanas del vecindario produciendo un apagón que nos protegía de los ataques aéreos. Observaba el deslumbrante despliegue de estrellas y me preguntaba cómo comenzó el universo, cómo culminaría y qué estaba haciendo yo aquí. Como estudiante, luchaba por comprender el concepto de infinito, lo que estaba más allá de las estrellas.

He continuado haciéndome esta clase de preguntas, especialmente durante momentos de tensión. Me las he hecho durante mi vida como oficial del gobierno, como esposo y padre, como un criminal condenado, y luego como líder cristiano. Muchas veces, en lo íntimo de mi conciencia, me he planteado las mismas preguntas que Ryan: *¿He sido un buen hombre? ¿He vivido una vida buena?* Algunas veces he dudado, otras veces estaba completamente seguro de que había fallado. Pero ¿adónde vamos a encontrar quién nos responda esas preguntas? ¿A quién se las haremos? ¿Quién puede decirnos la verdad acerca del valor de nuestra vida?

Si bien la búsqueda de las respuestas a tales preguntas puede ser ardua por momentos, aun desalentadora, la búsqueda de la verdad de la vida es la única cosa que vale la pena. La capacidad de continuar con esa búsqueda nos hace humanos. Emmanuel Mounier, el francés que inició el movimiento filosófico “personalista”, escribe que la vida humana se caracteriza por una “inquietud divina”. La falta de paz en nuestro corazón nos mueve a buscar el significado de la vida, una orden grabada en “almas inextinguibles”.⁴ El papa Juan Pablo II resume el asunto de una

manera elegante: “Podemos definir al ser humano como *el que busca la verdad*”⁵

¿Cuál será la verdad de nuestra vida y nuestro destino? La mayoría quiere llegar a la tumba del capitán Miller (o a cualquier estrado del juicio que imagine), con cierta seguridad de que ha vivido una vida buena.

Sin embargo, ¿qué es una vida buena? ¿Cómo esta vida buena puede incorporar las respuestas a las grandes preguntas? ¿Cómo se puede vivir ese tipo de vida?

¿La he vivido?

¿La ha vivido usted?

INTRODUCCIÓN: LA VIDA BUENA

1. T. S. Eliot, "The Four Quartets: East Coker", *The Complete Poems and Plays 1909–1950*, Brace & World, Nueva York, 1962, p. 129.

CAPÍTULO 1: LA PREGUNTA INEVITABLE

1. Esta y otras citas en esta historia fueron tomadas de *Saving Private Ryan*, la película escrita por Robert Rodat, dirigida por Steven Spielberg y producida por Dream Works SKG, Paramount Pictures Corporation, con Amblin Entertainment, Inc., 1998.
2. *Planned Parenthood v. Casey*, 112 S. Ct. 2791, 1992.
3. *Planned Parenthood v. Casey* confirmó la decisión del caso *Roe v. Wade*, legalizando el aborto por solicitud. De alguna manera, desplazó los fundamentos de la legalización del "derecho de privacidad" hacia el carácter de la libertad individual. Si bien cada uno de nosotros está "condenado a la libertad", en el sentido de tomar nuestras propias decisiones respecto a las grandes preguntas, creo que, al aplicar la ley, la democracia debería descansar en la teoría de la ley natural y en la tradición judeocristiana que inspira la Declaración de Independencia, la Constitución y la Declaración de Derechos. Los gobiernos y sus tribunales judiciales deben tener algún consenso en cuanto al sentido de la vida, a fin de poder hacer cumplir las normas básicas de la ley en contra del robo, del asesinato, etc. Si se le permitiera a las personas la libertad total de definir el sentido que quieren darle al universo, entonces, teóricamente, el nazi que cree que la vida de un judío no vale nada, estaría habilitado para llevar a cabo su "solución final" contra cualquier judío con el que se cruzara. En la práctica, los tribunales actuales se apoyan ya sea en la teoría de la ley natural o en su intuición (o preferencia personal) acerca de cuál es o debería ser el consenso de la comunidad sobre algún asunto. El paso desde la teoría de la ley natural a la percepción del consenso de la comunidad es uno de los grandes divisores de aguas en la cultura contemporánea.
4. Emmanuel Mounier, citado en Lorenzo Albacete, "The Cry of Suffering", *God at the Ritz: Attraction to Infinity*, Crossroad, Nueva York, 2002, <http://www.godspy.com/faith/The-Cry-of-Suffering.cfm>.
5. Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, carta encíclica de Juan Pablo II a los obispos, sobre la relación entre fe y razón, capítulo 3, sección 28, http://www.vatican.va/edocs/ENG0216/_P8.HTM.

CAPÍTULO 2: UNA VIDA DESTRUIDA

1. Finalmente 60,000 personas perderían la vida y más de 300,000 sufrirían heridas.

CAPÍTULO 3: LAS GRANDES PARADOJAS

1. G. K. Chesterton, "When Doctors Disagree", en *The Paradoxes of Mr. Pond*, Dover, Nueva York, 1990.